

Pensamiento

Los nuevos analfabetos *

Pedro Salinas

En el principio fue el analfabetismo. Poco a poco, siglos arriba, se hizo la luz que hoy, gracias a Dios, nos ilumina: la enseñanza primaria obligatoria. En el consenso de la mayoría de las gentes, y hasta de muchos pedagogos, el alfabetismo, o sea aquel estado en que un ser humano sabe leer, se tiene por una línea fronteriza tan clara y tajante, que divide a la humanidad en dos partes implacablemente distintas,, Aquende esta línea, el montón anónimo de los cuitados que no logren penetrar en los misterios de la letra impresa y se quedan en sus bordes, como en los de un mar que los llevaría a maravillosos países, si tuvieran nave en que surcarlo. Allende esa raya, las legiones de favorecidos por la suerte que alcanzaron ese estado venturoso, en que se sabe, sin vacilar, que c-o, es co; que c-a, es ca, y que gracias a esa sapiencia descifran sin pena los carteles que por doquier nos cantan las palabras mágicas: “Coca Cola”.

Yo vengo aquí a confesar a ustedes que abrigo ciertas y graves dudas sobre la estricta realidad de esa división de los humanos en alfabetos y analfabetos, y, muy particularmente, sobre las consecuencias que de ella suelen derivarse para la valoración del hombre.

El no saber leer ni escribir es una cualidad natural; todos nacemos con ella. O poniéndolo en refrán castellano: nadie nace enseñado. Quiere esto decir que el hombre natural es un analfabeto actual, al nacer; pero en cuanto susceptible de aprender a leer es asimismo un alfabeto potencial. Analfabeto in actu, pero alfabeto in potentia. Ahora bien, la sociedad, movida por diversos estímulos, que no es del caso reseñar ahora, se propone convertir la potencia en acto; lo potencial, es decir la infusa capacidad del hombre para entender de letra o de leyenda, en actual, es decir en su posesión del arte de leer. Se logra esto mediante un variado proceso que empieza en la cartilla y acaba Dios sabe dónde. Al cabo de esos trabajos, llamados educación primaria, se proclama orgullosamente al que ha sido objeto de ellos, alfabeto. Y desde este momento queda investido de una superior distinción No hay duda que la posee.

Todo hasta aquí parece claro, como el agua. Pero el saber leer es a la vez una potencialidad. Del mismo modo que todo analfabeto actual es un alfabeto potencial, a su vez todo alfabeto actual es un lector potencial. Sabe leer ya, pero puede leer o 'puede no leer. Si el alfabeto recién dotado de la capacidad de lectura no la aprovecha, esto es, si no lee, la finalidad misma del alfabetismo se frustra.

Llegamos, pues, a otro grado en este examen del valor real del alfabetismo. Demos por sentado que el lector potencial que es el alfabeto, asciende al grado superior, lee, y se convierte en lector actual. ¿Es que con esto podemos dar por felizmente conclusa la trayectoria del alfabetismo? De ninguna manera. Porque arribados al grado de lector actual, todavía se abre una nueva altura. El analfabeto se volvió alfabeto, el alfabeto se volvió lector, el que sabe leer, lee. Pero ¿qué lee? ¿Cómo lee?

De nuevo se replantea la cuestión: todo simple lector actual es un buen lector potencial. ¿Llegará o no llegará a serlo? En el caso afirmativo, es cuando se cumple cabalmente esa finalidad del alfabetismo: leer bien, de tal manera que lo alfabético se trasmute en espiritual. Que la letra no sea letra muerta, sino viva.

Ahora bien, a nadie se le oculta lo raramente que se perfecciona ese estado del pleno alfabetismo. Y de ahí la necesidad de reconocer y acusar la existencia, como especie, de un tipo que yo denomino el neoanalfabeto, que libertado del tártaro del no saber leer no ha ascendido a las claras esferas del leer y se columpia como el alma de Garibay por los limbos intermedios.

No voy a referirme ahora a los imposibilitados de leer por falta de libros, de bibliotecas, etc. Esta dificultad es de orden material y relativamente fácil de obviar, (...) Yo estoy pensando en aquellos alfabetos que no leen, por motivos más hondos y difíciles, que el de no tener un libro a mano.

Propongo modestamente, en este ensayo, que se reconozca existencia a dos tipos de analfabetos.

El uno es el analfabeto puro, el clásico, el analfabeto de natura, que, sea por la causa que sea, no sabe leer. Este analfabeto puede ser persona trágica; y es su tragedia que poseyendo, acaso, su alma virtudes innatas bastantes para designarlo como ser de excepción, si el laboreo de las ideas hiciese germinar aquellas virtudes, se queda baldío por carencia de letras y cultivo. Siento por esta clase de analfabetos respeto, simpatía y admiración, en sus casos. Basta andar un poco por las parameras castellanas o los olivares de Andalucía, si de mi tierra se trata, para dar con analfabetos que resultan ser, en cuanto se les conoce, personas tan cabales en su humanidad, tan dignas en su conducta y tan atinadas en su juicio como muchos hombres rebosados de instrucción.

El otro es el analfabeto que convendría titular impuro, contrahecho, artificial, criatura de la educación moderna que se alza, sin darse él cuenta, frente a ella, como el máximo acusador de sus faltas. Dado que sabe leer, y que sin embargo sigue siendo humanamente analfabeto, le denomino el neoanalfabeto.

El neoanalfabeto se encuentra en dos grandes clases: la de los analfabetos totales y los parciales.

El primero es el que después de haber aprendido a leer, porque así se lo enseñaron en la escuela, renuncia al uso de su capacidad lectora, salvo en lo estrictamente indispensable: el correo diario, los programas de cine o espectáculos y la guía de teléfonos. Algunos de ellos se extralimitan y se aventuran diez o quince minutos por las reseñas de deportes, género periodístico benemérito entre todos, porque ha venido a ser el último lazo que une a muchos hombres con el ejercicio de la lectura. (...)

Abunda esta variante entre los hombres llamados de acción, prácticos, o aún más bellamente y a la moderna, con vocablo que reúne las lumbres del griego y de la técnica mecánica, el hombre dinámico. (...)

Pues bien, así como la abeja revolotea en torno a la pomposa flor, así hay una especie de neoanalfabeto parcial que ronda alrededor de

los puestos de prensa y extrae de ellos todos los ingredientes requeridos para labrar la miel de su vida intelectual.

Es el hombre que no lee libros: el fascinado por la variedad de títulos de las revistas, y, dentro de sus sumarios, por la variedad de temas de sus artículos. Neoanalfabeto es éste, digno de simpatía y merecedor de rescate; no ahorra esfuerzo a la lectura, antes lo despilfarra. Lee mucho. El pobre vuelve a su casa con un rollo de revistas bajo el brazo, y gasta horas y horas de la noche en su lectura, sin sacar mucho más de lo que saca el niño que a su lado pugna por juntar piezas del rompecabezas, sin llegar nunca al dibujo total, al 'cuadro entero donde cada cosa está en su sitio. (...)

La tarea de este lector mueve a compasión. Porque cuanto más lea, más y más se pierde en ese mar sin límites que cada semana crece unos metros en altura y que no tiene litorales discernibles. El lector de un libro sabe dónde empieza y acaba su faena, puede descansar, tomarse vacaciones. El lector de revistas, y más si es suscriptor, se siente perseguido como por nuevas Euménides, por estas terribles criatura de las semanas, las quincenas y los meses. En cuanto afloje un poco en su ración de lectura se queda atrasado, se le vienen encima los números de la semana próxima, se le acumulan con los de la anterior; y para mantenerse al ritmo de producción de las redacciones y de las imprentas tiene que llegar a sacrificios titánicos. Cien autores escribiendo para veinte revistas le azuzan, le acosan como jauría infatigable tras la liebre, a la que no dan punto de reposo. (...)

Salgamos de esta incompletísima galería de figuras neoanalfabéticas, camino de algunas conclusiones permisibles. La primera es la necesidad de un alerta constante frente al equívoco que late en la palabra leer, y por ende en expresiones como aprende a leer, sabe leer. Palabras de muchos fondos, y difícil de sondeo, nada sería más peligroso que darse por contento con verla por su haz, en su concepto más superficial, o sea simplemente como la capacidad de entender el significado más aparente de la letra escrita. Cierto que la posesión de ese sencillo arte mecánico saca al hombre de su analfabetismo natural, y le habilita para extender su potencialidad humana hasta límites fabulosos. Pero si no se emplea esa aptitud para ensanchar las potencias del alma, para impulsar al individuo hacia la plenitud de su ser espiritual, el que la posea se hallará en una situación, paradójica al parecer, por las palabras, pero profundamente cierta: la de ser un analfabeto que sabe leer. Se le ha extraído de su analfabetismo puro, pero por desuso o abandono de la facultad de la lectura y lo que ella acarrea, empieza a funcionar en su naturaleza una fuerza de regresión que le devolverá antes o después al punto de partida: a su analfabetismo espiritual.

(...) Pero si ésta es la verdad rigurosa, se mantiene para efectos de las estadísticas y para la convención social, una ficción: y es que estas gentes deben ser contadas como alfabetos, que son del grupo de favorecidos que saben leer. En esto como en muchas otras cosas, el mundo acepta sin escrúpulos una media verdad, y la saluda con el júbilo debido a la verdad entera, aunque oscuramente siente que todos son actores, y víctimas, de una vasta empresa de embaucamiento.

Poco a poco se va aumentando esa nueva clase, a la que creo que es ya hora de poner nombre y conceder estado: los neoanalfabetos, mucho más amenazadora y peligrosa, que la de los analfabetos puros, Ni están con el diablo en su tenebrosa ignorancia ni aspiran a Dios, a la claridad de su sapiencia. Todo lo pudieron y a nada se atrevieron. Y otra consecuencia; lo urgente que es acabar con nuestra actitud idolátrica e hipnótica, frente al titulado "problema del analfabetismo".

Hay en la política educativa moderna un fetiche, deidad sangrienta a la que todo se sacrifica sin que ella asegure nada a sus creyentes más fervorosos la lucha contra el analfabetismo. Esa frase, cuando bota y rebota en los artículos periodísticos, o refulge en las crestas de los discursos políticos impone sagrado pasmo a todos. (...)

Acaso ya empiece a alzarse en el ánimo de algunos de mis lectores la oleada de indignación ante el hereje que se permite hacer distinguos con respecto a eso de luchar contra el analfabetismo. Y, sin embargo, si se acepta la veracidad o por lo menos la verosimilitud de mi punto de vista en este ensayo, es decir, que enseñar a leer, sin más, no logra en su mayoría de los casos elevar de su situación básica de pobreza espiritual a los hombres que recibieron este beneficio - o, como dice T. S. Eliot que "sólo en un sentido muy restringido se puede decir que la educación produce cultura" - quizá se vea que lo que yo propongo es dar a esa frase, a ese lema, a esa faena, "lucha contra el analfabetismo", una nueva tensión.

No quito importancia a esa tragedia, el analfabetismo; antes se la doy mayor, porque denuncio que hay dos poderes enemigos en frente nuestro: el conocido de siempre, el que da la cara, y al que apuntan todas nuestras baterías pedagógicas, sí; pero a su lado otro, pura máscara, fingido personaje, que se contonea por la sociedad con su antifaz de alfabetismo, engañándonos, haciéndonos creer que él ya no es problema, que él está a nuestro lado, que es uno de los obreros de la ciudad del espíritu, cuando en verdad es la quinta columna del analfabetismo total, el enemigo jurado, por inerte oposición, a la letra vuelta espíritu. (...)

Hay que celebrar, sin duda, la noticia de que hogaño se han arrancado al monstruo del analfabetismo tantos miles de criaturas merced a las hazanas de la enseñanza primaria. Pero convendría seguir los pasos a esos niños, tiernos rescatados de la espelunca de lo analfabético, salvados del dragón de la primera ignorancia. Porque una terrible sorpresa nos convencería de la candidez en que estamos viviendo. Esos infantes, a quienes se dio suelta por el mundo, armados de las primeras letras, confiadamente, porque ya se había develado el gran enemigo -la ignorancia primaria-, se encontraban, a pocas vueltas del camino, mucho mayor enemiga, acechándolos.

Una hechicera que, como la arquetípica Circe, los atrae, los trueca en seres de baja naturaleza, los neoanalfabetos, y los pone a vivir tan contentos, en los cómodos corrales de la inconsciencia con todos los adelantos materiales modernos, condenados a perpetuidad a la segunda y definitiva ignorancia, y atiborrándolos, no como en Homero de bellotas de la noble encina, sino de cebo sintético. Última maravilla del progreso.

Pedro Salinas (1891-1951) - es uno de los más destacados representantes del grupo de poetas españoles de la "Generación del 27". Además de la poesía cultivó otros géneros literarios: la narración, el teatro y el ensayo. Durante la guerra civil, emigró a los Estados Unidos, donde fue profesor en el Wellesley College (Mass) y en la Universidad Johns Hopkins de Baltimore. El texto que presentamos ha sido tomado de su ensayo "Los nuevos analfabetos", publicado por primera vez en la Revista de América (Bogotá, núm.4, 1945) y recogido junto con otros artículos en un volumen titulado *La responsabilidad del escritor* (Barcelona, Seix Barral, 1961).

* Tomado de El Correo de la UNESCO, julio de 1990. pp.42-45.